

CÓMO EMPEZAR A LEER A THOREAU

Antonio Lastra

Hace muchos años, un profesor de filosofía me dijo que Thoreau había hecho mucho daño. Hasta ese momento yo había sido un lector juvenil y entusiasta de Thoreau y, desde luego, no había advertido que sus libros me hubieran causado el menor perjuicio; a pesar de la advertencia, no he dejado desde entonces de beber en el manantial de sus páginas, un manantial que, en mi opinión, está muy lejos de agotarse. En ocasiones me he saciado con su abundancia y a veces me he contentado con saborear —un lector de Thoreau comprueba en seguida que el agua no es insípida ni mucho menos incolora— las gotas de experiencia de sus grandes libros sobre la naturaleza o de sus breves ensayos políticos, pero nunca me ha sentado mal. Distingo perfectamente a quién le aprovecha su lectura, pero sigo sin saber cuál es el daño que podría deparar ni quién podría decir que el trato con Thoreau le ha vuelto peor de lo que ya era. Añadiría que ahora soy, incluso, más libre con la lectura de Thoreau, en parte por haber traducido *Walden* con Javier Alcoriza —un verdadero “trabajo con las manos” que sólo ha podido mejorarnos si había en nosotros fibras susceptibles de mejora— y, en parte, gracias a la amistad con Antonio Casado da Rocha, autor de una “biografía esencial” de Thoreau y de una serie de lecturas de su obra, especialmente sobre la controvertida cuestión de la “desobediencia civil”, no siempre bien entendida y que, seguramente, constituye el fundamento de la acusación que pesa sobre Thoreau de ser un autor *damnigerulus* (por decirlo con una palabra latina que habría sido de su refinado gusto como “american scholar”).*

Los trascendentalistas pensaban que la amistad era un aspecto terrible de las relaciones humanas y, desde luego, la amistad que puedan mantener los lectores de Thoreau entre sí, si ha de trascender los puntos de apoyo y de contacto, será siempre terrible. Casado cuenta en su biografía que un día (no un día cualquiera, sino el 6 de mayo, la fecha en que se conmemora la muerte de Thoreau en 1862) llegó a Concord para unirse a un “grupo de veteranos locales de la Thoreau Society” y leer pasajes favoritos de la obra de Thoreau junto a su tumba. Cuando le llegó su turno, Casado leyó un fragmento de ‘Vida sin principios’ (“¿Llamamos a esto la tierra de la libertad?”, etc.) y, al terminar,

* ANTONIO CASADO DA ROCHA, *Thoreau. Biografía esencial*, prólogo de Joaquín Araújo, Acuarela Libros, Madrid, 2005. Véase también *La desobediencia civil a partir de Thoreau* (Tercera prensa, Donostia, 2002) y su exhaustiva edición de *Sobre el deber de la desobediencia civil* de Thoreau (Iralka, Bilbao, 2002²), así como el monográfico sobre los 150 años de *Walden* en el número 61 de *Archipiélago* (2004). Querría destacar también su ensayo ‘Vivir deliberadamente. Autenticidad y ética narrativa en *Walden*’, publicado originalmente en inglés en *The Concord Saunterer* y cuya traducción al español aparecerá en el número 8 de *Caracteres literarios*, donde Casado ha desmontado las prevenciones sobre la lectura de *Walden* con argumentos contemporáneos, es decir, con argumentos muy antiguos.

advirtió “cierta desazón en mis compañeros”; todos ellos thoreauvianos, tal vez no se acordaran de que mejorar con la lectura de Thoreau no es un asunto sencillo, en la medida en que cambiar, a pesar de ser un acontecimiento natural y memorable en nuestras vidas, no es efectivamente algo sencillo de asumir a la vista de los demás. (A la laguna de Walden acudían los animales para su muda.) Casado ha escrito que no frecuenta otra sociedad que la Thoreau Society, pero la compañía de Thoreau es aún más exigente. La leyenda negra sobre su persona, que comenzaría a extenderse en vida y que el *bramin* James Russell Lowell se encargaría de fijar por escrito a su muerte (precisamente a propósito de una semblanza biográfica), describe a Thoreau como un ser insociable, severo, austero y casi repelente; es célebre la comparación con un leño o un pez que el tacto con su cuerpo obligaba a establecer. Algo de cierto habría, sin duda, en esa distancia patética, pero los lectores de *Walden* recuerdan imborrablemente el lenguaje de la comunidad empleado a lo largo del libro, la cualidad y la duración, no sólo mitológicas, de las “visitas”, y, especialmente, el tono inconfundible de una escritura llena de confianza y de una lectura llena de gracia. Leer y escribir no son nunca actos solitarios. *Walden* versa sobre la lectura y la escritura como modos superiores de trabar relaciones que sean auténtica o deliberadamente humanas. Thoreau fue un naturalista y un humanista, si podemos llamar así a quien sondea la naturaleza humana. Si, por el contrario, lo considerásemos un mero naturalista —el agrimensor de Concord, el observador de la sucesión de los bosques o el *saunterer* lo era, desde luego— y malinterpretáramos el significado de la desobediencia civil o de la “resistencia” (personalmente siempre he preferido este último término al primero), Thoreau se nos presentaría sólo como un puritano contradictorio, que habría evitado el roce con sus semejantes para refugiarse en una naturaleza teológicamente desprovista de sentido. La biografía de Casado desmiente el tópico del eremita y, en la estela de Walter Harding, nos obliga a pensar si habríamos sido dignos de sentarnos junto a Thoreau en la silla que reservaba para la compañía en la cabaña de Walden, es decir, si somos capaces de leer a Thoreau. Su escritura es hospitalaria, pero tal vez los huéspedes no terminen nunca de ponerse de acuerdo respecto al carácter del anfitrión. Hay cosas en las que no estoy de acuerdo con Casado, pero no creo estar más en lo cierto que él respecto al uso, por ejemplo, del término “domesticación” —más emersoniano en cualquier caso que thoreauviano— o a las intenciones de los dos libros póstumos de Thoreau, *Los bosques de Maine* y *Cabo Cod*; el último, en particular, no me parece en modo alguno amable: en sus páginas he creído descubrir una desolación mucho más política que natural, y en ambos un tono elegíaco, casi melvilleano junto a las orillas del océano, que rememoraba sin éxito, aunque a veces con un humor exquisito, el trasfondo de la existencia humana y la antigüedad de la civilización. En mi opinión, *Walden* es la “domesticación de la idea de cultura” preconizada por Emerson más consciente que se haya llevado a cabo, una domesticación que constituye el contrapeso del “pensamiento salvaje” de Thoreau; en el equilibrio, en la tensión irresuelta entre una ética de la literatura y una ética medioambiental ha de encontrarse, si es posible excavarlo, el secreto de la vitalidad de su obra, o al menos yo lo he interpretado así siempre,

y no hay que olvidar que ‘Economía’ —las normas de la casa, como traduce Casado— es la vía de acceso a *Walden*.

En cierto modo, es la misma tensión que existe entre *Walden* y los demás libros de Thoreau: hay entre ellos una coherencia literaria apreciable, pero también contrastes y diferencias, no sólo matices. Tal vez por eso *Walden* está más cerca de los escritos reformistas de Thoreau que de los libros sobre la naturaleza. La desobediencia civil o la resistencia al gobierno es, en el fondo, una manifestación de obediencia escrupulosa a las “leyes superiores”, y en este sentido la interpretación de Casado no sólo es justa, sino valiente, porque la obediencia es más difícil de aprender y de enseñar que la desobediencia. La desobediencia civil de Thoreau no fue un acto de ingenuidad: la defensa del capitán Brown pondría de relieve el problema de la violencia, precisamente, como el resultado de la desobediencia a las leyes superiores de una sociedad enfrentada o de lo que Abraham Lincoln llamaría “una casa dividida”. La mención de Lincoln no es ociosa: defensor de la legalidad durante toda su vida, Lincoln acabaría empleando durante la guerra de secesión americana una elocuencia que, a los oídos de Emerson, sólo habría tenido su igual en la elocuencia de Brown. Hoy resulta mucho más aleccionador leer a Thoreau y a Lincoln con esta perspectiva —en los términos de una escritura constitucional capaz de mejora (*amendment*)—, de modo que podamos trascender la descripción y localización de Walden o Washington en la necesidad de la comunidad justa: Thoreau empezaría a vivir en Walden el 4 de julio y Lincoln fecharía sus mensajes presidenciales desde la Declaración de Independencia. Tal vez a esa independencia radical se refiriera Emerson cuando, en su oración fúnebre, dijo que Thoreau había sido el más americano de todos; la muerte de Hawthorne, de Thoreau y de Lincoln (de los hombres representativos) obligaría a Emerson a preguntarse lo que significaba ser americano de una manera muy poco patriótica y seguramente —desde el punto de vista político de la actualidad— incorrecta. Pero quien quiera leer a Thoreau en la actualidad tendrá que enfrentarse al problema del significado del lenguaje de la comunidad sin ninguna garantía de corrección: su influencia no se ha agotado con Gandhi y con Martin Luther King porque aún no se han resuelto los problemas de la convivencia humana, ni siquiera de la convivencia (o de la esclavitud) de cada ser humano consigo mismo. Si, como creo, el más americano de todos los trascendentalistas aún tiene algo que decirle a un mundo superficialmente antiamericano, pero profundamente americanizado, la biografía de Thoreau que Antonio Casado ha escrito resultará verdaderamente esencial. En realidad, es una bendición para todos nosotros que Thoreau viviera y escribiera.